

Esto no es una vana amplificación, dice Augusto Nicolás. Nada hay más real que esta libertad, que esta fuerza, que esta plenitud de vida y de autoridad, siempre renaciente en el alma del verdadero cristiano.

Súbdito de Cristo, ejércese sobre el mundo el poder que Cristo tiene.

Cristo lo ha dicho: "He aquí, decía á sus Apóstoles, que os he dado el poder de marchar sobre las serpientes y sobre los escorpiones y sobre toda virtud del enemigo y nada es dañará."

Así es que, aun en el orden de la naturaleza, Cristo es el medio de que la creación alcanza su fin.

De esta manera el hombre es dueño de los bienes creados, de los bienes sensibles.

Pero no son sólo del hombre los bienes presentes, son también los bienes futuros, *omnia vestra sunt*, decía San Pablo, *sive presentia, sive futura*.

Cristo nos asegura también esos bienes futuros, los bienes de la otra vida.

No tenemos derecho á ellos ni por naturaleza, ni, sobre todo, por la condición de desgracia á que nos redujo la rebelión de nuestro primer padre.

Este bien, perdido en Adán, nos lo reconquista

Cristo. Cristo es, en consecuencia, el medio por el que la creación, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, alcanza su fin, que es la gloria de Dios.

EL PLAN DIVINO DE LA ENCARNACIÓN.

Dios ha hecho la creación para El mismo, para Cristo y para los escogidos.

Ya hemos manifestado como, en el plan de la creación, entra Cristo para realizar los tres fines que su autor se propuso al llamarla á la vida.

Así es que, la Encarnación del Verbo tenía que realizarse para que la creación llenara esos tres fines.

Podía, pues, decirse que la razón de la encarnación está en la creación del Mundo, en la creación del Universo.

La Escritura, sin embargo, expresa que la Encarnación no tiene más motivo que salvar al hombre, *Venit filius hominis quærere et saluum facere quod perierat*.

O lo que es lo mismo, la Encarnación sólo tuvo

por mira levantar á la naturaleza humana caída por el pecado.

No puede ponerse en duda que la caída se relaciona con la Encarnación; pero no sólo con ella.

La frase de San Pablo lo pone de manifiesto con toda evidencia.

Es de fe que la Encarnación restaura al hombre, es decir, lo repara, lo levanta, lo saca del abismo en que lo sumergiera la culpa, en una palabra, lo rescata y lo redime.

Pero también es de fe que la Encarnación instaure al ángel y á todas las criaturas celestiales y terrestres: esta es la palabra de San Pablo: *instaurare omnia in Christo, quæ in caelis et quæ in terra sunt in ipso.*

La sangre que ha corrido sobre el Calvario ha refluído sobre toda la creación, ha pacificado, según la misma palabra de San Pablo, todas las cosas que están en el cielo y en la tierra: *pacificans per sanguinem ejus, sive quæ in caelis sive quæ in terris sunt.*

Esa sangre ha bañado no solamente á este mundo manchado con la culpa, sino á todos los mundos que ruedan en el espacio, al Universo que los contiene á todos como canta la Iglesia: *terra,*

pontus, astra, mundus, hoc lavantur flumine. Claro es, entonces, que la Encarnación no tenía por único objeto redimir á la humanidad.

En el cielo no había naturalezas caídas, y sin embargo, la sangre derramada en la cruz pacificó á los moradores de aquellas regiones siempre llenas de paz.

Tal es la enseñanza de San Pablo: tal es, en consecuencia, la enseñanza divina.

La razón misma persuade de que la Encarnación no tuvo por objeto exclusivo redimir al hombre.

La Encarnación no solamente levanta al hombre, también lo eleva.

Si no hiciera más que levantarle, más que rescatarse, le dejaría en el mismo estado en que se hallaba antes de su caída.

La Encarnación, sin embargo, no se limita á levantar al que estaba caído: lo eleva más alto del punto en que estaba antes de haber cometido la primera culpa: lo eleva en Jesucristo á la filiación divina.

De manera que la Encarnación, en el hombre culpable, produce dos movimientos distintos: uno que lo levanta de la condenación, otro que lo eleva á la adopción y á la gloria.

Como estos dos movimientos son continuos, y se realizan por el mismo acto, suele nuestra inteligencia confundirlos.

Pero en realidad, son perfectamente distintos.

El uno, el que nos levanta, nos es particular á los hombres, que éramos los caídos: el otro, el que nos eleva, nos es común con las otras criaturas, que conservaron su integridad.

Entre ellas y nosotros, estos dos movimientos se distinguen visiblemente: ellas son elevadas sin ser levantadas.

En nosotros se confunden, porque participamos á la vez de su destino, como criaturas, y del nuestro, como pecadores.

Como pecadores, somos rescatados solos; como criaturas, quedamos asociados al fin universal de la creación.

Hay otra razón.

Si la Encarnación no tuviese otro motivo que rescatarnos del pecado original, no tendría otro efecto.

Tiene, sin duda, otro efecto, porque no solo rescata, sino que divinisa al hombre.

O este efecto último, quedaría sin causa, ó es preciso admitir, que si ese efecto produce la En-

carnación, responde á dos motivos ó dos razones: instaure á las criaturas, según la frase de San Pablo, y restaure á los pecadores.

Si la Encarnación ha tenido por objeto primario rescatar al hombre, no se ha detenido en ese objeto: ella nos glorifica, y en esto, su efecto se hace sentir en nosotros y en los ángeles, así como en los escogidos, los cuales en el designio de Dios, tienen necesidad de Cristo, para ser santificados y salvados, como nosotros tenemos necesidad de El para ser redimidos.

Una palabra de San Bernardo sintetiza esta idea: "El mismo Cristo, dice, que ha levantado al hombre caído, ha detenido al ángel para que no caiga: sacando al primero del cautiverio, evita el cautiverio del segundo; al uno lo desata, al otro lo defiende: y de esta manera, para uno y otro es igual la redención."

Si no podemos penetrar el pensamiento divino para investigar cual fué el propósito de Dios, al decretar la Encarnación, podemos conocer lo que Dios quiso por lo que ha hecho, una vez que Dios no hace más que lo que quiere.

El hecho es que Dios ha querido que todo se refiera á Cristo, como fin universal de todos los

seres: ha querido, entonces, que todo fuese creado originariamente, con la mira de ese fin.

El hecho es, que la Encarnación redime y eleva: redime al hombre, levanta á todos los seres.

Es, entonces, evidente que la Encarnación no tiene por única mira, la redención humana: tiene también, por objeto, la filiación divina del hombre, la glorificación de todos los seres, y por esta causa, la gloria Dios.

La Encarnación, como dijimos en el artículo que precede, tiene dos objetos: la redención humana y la glorificación de todos los seres.

Es admirable la economía de Dios, al concebir este plan que así realiza tan grandes maravillas.

Se presenta, sin embargo, una dificultad:

Ese plan, como concebido por Dios, tiene que ser de perfección incomparable.

Sin embargo, está relacionado necesariamente con la culpa.

La sabiduría divina, no tiene las miradas tímidas, inciertas, vagas y confusas, de nuestras inteligencias limitadas.

Conoce, de antemano, todos los pormenores de sus obras.

Suponer que toma en un decreto cualquiera, sus precauciones, contra un acontecimiento que puede venir y sorprender su gobierno, ó bien que ella modifica sus designios para desviar accidentes que sobrevienen, es rebajarla á nuestra talla y prestarle nuestras flaquezas y debilidades.

Así es que, siendo como es, la sabiduría increada, todo lo tiene previsto, cuando decide alguna cosa.

Sus planes son, digamos así, de un solo golpe y los instantes de razón, que imaginamos para analizarlos, no son más que ficciones de nuestras débiles inteligencias.

En consecuencia, se comprende bien que previó la caída del hombre, al crear el mundo; ó más bien, no se comprendería que no la hubiese previsto.

¿Pero, puede comprenderse, que al concebir la creación, haya permitido la caída?

¿Puede concebirse, que la haya permitido como ocasión determinante de todo el plan de la creación?

¿Puede concebirse, que el plan general de Dios,

ganase, por explicarnos así, con la caída; es decir, que fuera más perfecto con la caída del hombre que sin ella?

¿Puede concebirse, que la caída, que es un mal, haya podido aprovechar á la perfección del plan de Dios?

He aquí la dificultad.

La grandeza del plan divino, no disminuye por la aparición del mal, cuyo oprobio refluye sobre el Verbo hecho carne.

“Al contrario, dice el P. Monsabré, sin cambiar nada de las sublimes intenciones que hasta aquí hemos podido admirar, el plan divino se ensancha abrazando, por decirlo así, todas las posibilidades: la manifestación de las perfecciones divinas, se hace más gloriosa y más completa, y el Hijo de Dios, hecho hombre, por estar más humillado, es mucho más hermoso”.

La unión del Verbo, con la naturaleza humana, quizá no manifestaba en todo su esplendor, las perfecciones divinas.

Algunas no habían hecho escuchar su voz; guardaban silencio.

En el plan de la Encarnación redentora, es al

contrario: nada calla, todo el ser divino canta á plena voz en el seno de la creación.

Su poder es más maravilloso, su sabiduría más profunda, su amor más magnífico.

Es una maravilla salvar, por la unión hipostática, la distancia que separa lo infinito de lo finito, el creador de la criatura.

Y ¿no es más maravilloso ir á buscar á la criatura, en las fronteras de la rada, en donde se ha sepultado por el pecado?

“No solamente, agrega el P. Monsabré, el abismo franqueado es el más profundo, sino que Dios nos muestra lo que habríamos ignorado en otra situación; á saber cómo es fuerte contra el mortal enemigo de su majestad infinita.”

Para combatirle, destruir su imperio y reparar, sobre un plan más grandioso, las ruinas que ese enemigo de Dios y del hombre, había amontonado, la omnipotencia divina lucha con imposibilidades de las cuales triunfa.

El Eterno nace, el inmutable crece en edad, el impasible sufre, el inmortal muere, la muerte destruye la muerte, la muerte engendra la vida.

“Decidme, se preguntaba San Hilario, si esta acumulación de tantas cosas, contra la naturale-

za y en la misma persona, no nos revela toda la extensión del poder divino.”

Y aquí se ve, cómo la culpa, hasta cierto punto, agranda el plan divino: hace que brille, con un resplandor que en otra situación no pudiéramos contemplar, toda la grandeza del poder de Dios.

La sabiduría de Dios es profunda cuando, sin mezclar la naturaleza creada á la increada, hace la unidad de todas las cosas en una sola subsistencia.

Más profunda es esa sabiduría en la encarnación reparadora: ella tiende á aproximar dos cosas enemigas, y á sacar de las entrañas mismas del mal la salud y la regeneración del mundo.

En el Redentor, que esa encarnación nos proporciona, se reunen el ofensor y el ofendido.

Es Dios, como el Padre Eterno, de quien viene á apaciguar la cólera, y cordero pronto á la inmolación; carga los pecados del mundo: está de tal manera penetrado de la culpa, que el Apóstol, estupefacto, exclama: *Aquel que no era más que la inocencia, Dios lo ha hecho como un pecado viviente.*

Es, entonces, más asombrosa la sabiduría divina en la encarnación redentora, que lo fuera en

El que había hecho gustar vino delicioso á los convidados á un banquete nupcial, haría gustar á todos los invitados al banquete del cielo, un vino que engendra vírgenes, como es la sangre del Cordero sin mancha.

Lo posible y lo fácil que es para Dios convertir una sustancia en otra distinta, quedaban proclamados sin sombra.

Era la preparación de las almas, para que no abrigaran dudas de la conversión que había de realizar á poco tiempo, la víspera de su muerte, convirtiendo el pan en su cuerpo adorable.

La figura es un portento.

Continúan los prodigios.

Poco después de la muerte de Juan Bautista, el Salvador se dirigió á Cafarnaun; cruzó el mar de Tiberiades, acompañado de sus discípulos, y entró en un vasto desierto; pero los pueblos, que seguían todos sus pasos, hallaron medio de unirse con él para escuchar su doctrina y conseguir la curación de sus dolores.

Entonces fué cuando para recompensar su fidelidad, atendiendo á sus necesidades, multiplicó milagrosamente cinco panes y dos peces, con los cuales sació á cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños.

Esta prodigiosa multiplicación era el prelude de otra más portentosa: la multiplicación del pan eucarístico.

Si Jesucristo había convertido una sustancia en otra, si había multiplicado prodigiosamente cinco panes, para saciar á cinco mil hombres que hambrientos le seguían, no podía dudarse después, que le era fácil convertir el pan en su cuerpo, y para saciar á los hambrientos de luz y de amor, multiplicar ese pan misterioso y alimentar con él á todas las generaciones que buscan ansiosas la vida eterna.

Aquella misma tarde del día en que multiplicó los panes, estándó de regreso en Cafarnaun, anunció al pueblo que le daría un pan mejor que aquel con que lo había saciado, un pan más celeste que el maná con que sus padres se habían alimentado en el desierto.

“Yo, les dijo, soy el pan vivo que descendió del cielo: este pan que os daré, cuando llegue la hora,

es mi carne que será inmolada para la salvación del mundo.” (1)

En concepto, pues, de Jesucristo mismo, la multiplicación de los panes fué prelude y figura de la divina Eucaristía.

1 Gaume, tom. 3.º, pág. 61.

FIGURAS DE LA EUCARISTIA.

SIGNOS DE LA SEGUNDA CLASE.

Por razón de las especies consagradas ó sea el cuerpo y sangre de Cristo, fueron figura de la Eucaristía todos los sacrificios antiguos.

Entre estos, tres son los que de un modo más singular revelaron sus caracteres y su importancia.

Bendecido por Dios, reverenciado por los hombres, con un hijo en quien debían ser benditas todas las naciones de la tierra, Abraham había llegado al colmo de la prosperidad.

Precisamente en este momento lo sujetó el Señor á una prueba terrible.

—Toma á Isaac,—le dijo,— á tu hijo único á quien tanto amas, y ve á la tierra de visión y allí me le ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que yo te mostraré.

Levantóse, pues, Abraham antes del alba, aparejó su asno llevando consigo dos mozos y á Isaac su hijo. Y cortada la leña para el holocausto, encaminóse al lugar que Dios le había mandado.

Al tercer día de camino, alzando los ojos, diviso el lugar á lo lejos y dijo á sus mozos: Aguardad aquí con el jumento, que yo y mi hijo subiremos allá arriba con presteza, y acabada nuestra adoración volveremos á vosotros.

Tomó también la leña del holocausto y cargóla sobre su hijo Isaac, y él llevaba en las manos el fuego y el cuchillo. Caminando así los dos juntos, dijo Isaac á su padre: Veo el fuego y la leña, ¿dónde está la víctima del holocausto?

—Hijo mio, respondió Abraham, Dios sabrá proveerse de víctima para el holocausto.

Llegaron finalmente al lugar que Dios le había mostrado, erigió un altar, acomodó encima la leña y habiendo atado á Isaac su hijo, púsole en

el altar sobre el montón de la leña, extendió la mano y tomó el cuchillo para sacrificarlo.

De repente, el ángel del Señor gritó del cielo: No extiendas tu mano sobre el muchacho. . . . me doy por satisfecho de que temes á Dios, pues no has perdonado á tu hijo único por amor de mí.

Alzó Abraham los ojos y vió atrás de sí un carnero enredado por las astas en un zarzal, y habiéndolo cogido, le ofreció en holocausto en vez del hijo.

Abraham llamó á este lugar Moriah, esto es, el Señor ve y provee.

En esta bellísima escena descrita con inimitable lenguaje, porque es el lenguaje del cielo, aparece en figura la divina Eucaristía.

Sobre el monte Moriah fué edificado el templo de Salomón, y una de esas cimas se llama Calvario.

Isaac lleva á ese monte la leña sobre la cual debe ser inmolado; Jesucristo llevará también á la misma montaña el leño en que lo ha de sacrificar la ingratitud de su pueblo.

Isaac es el hijo único de Abraham; Jesucristo es Hijo único de Dios.

Isaac fué colocado vivo sobre la leña del holo-

causto; Jesucristo fué también colocado vivo en el leño de su sacrificio.

Isaac, de treinta años próximamente, pudo con facilidad sustraerse á la muerte, y por lo mismo, si fué colocado sobre la leña del holocausto, fué porque quiso; Jesucristo, igual á su Padre en poder, pudo con facilidad libertarse de la muerte, y en consecuencia, si se ofreció á ella fué porque quiso.

Isaac fué inmolado por su padre, que había puesto en él todo su amor; Jesucristo lo ha sido por su padre, que tenía en él todas sus complacencias.

La Sinagoga oraba en el nombre y por los méritos de Isaac; la Iglesia ruega en el nombre y por los méritos de Jesucristo.

La sangre de un cordero fué ofrecida en holocausto por Abraham; la sangre de Jesucristo será ofrecida en sacrificio por la redención del hombre.

El sacerdocio de Aaron ofrecerá aquella sangre figurativa sobre el monte Moriah en el templo de Salomón; el sacerdote eterno ofrecerá en la misma montaña la sangre divinamente propiciatoria, su propia sangre en el altar de la Cruz.

la encarnación, si la culpa no se hubiera cometido.

Es magnífico el amor que impulsa al soberano bien á darse en persona, después de haber inundado al mundo con sus larguezas: pero en Cristo, glorioso y dominador que vemos en los orígenes del mundo, guarda necesariamente, bienes que Cristo redentor sacrifica.

La encarnación, sin la culpa, nos presenta á Cristo encarnado, conservando su gloria y su vida.

La encarnación con la culpa, la encarnación redentora, nos presenta á Cristo sacrificando sus bienes, su gloria y su vida.

Para el Cristo redentor no hay fiestas en la naturaleza, no hay entusiasmo en la humanidad.

La pobreza en la cuna, la persecución y el destierro desde la infancia, la oscuridad y las privaciones, los sudores y las fatigas de la vida obrera, la ingratitud, el desprecio, el odio, la traición de los hombres, todo esto coronado por drama lúgubre y sangriento: la muerte sobre un patíbulo.

Cuando quiere ser magnífico hasta el exceso, el amor no calcula, el amor no razona, el amor zanja las dificultades, el amor pasa hasta sobre lo imposible.

Y este es el amor de Dios en la encarnación reparadora.

“El exceso de su magnificencia, dice el Padre Monsabré, va hasta este punto, hasta dar los bienes de que es tan pródigo, no sólo á sus amigos, lo que sería muy grande, sino aun á sus enemigos, lo que es inmenso: *magnum est magna dare amicis et proximis; nimis inimicis.*”

Ya se ve, entonces, cómo la introducción del Verbo Redentor en el plan de la Encarnación, nos da un acrecentamiento en la manifestación de las perfecciones divinas.

El poder, la sabiduría y el amor, tres de los atributos divinos que Dios se proponía manifestar en la creación del Universo, se manifiestan más grandes, más magníficos y más sublimes en la Encarnación reparadora.

Cristo, encarnado para redimir á la humanidad, hace ver con más claridad el alcance de su poder, lo profundo de su sabiduría y el exceso casi incomprensible de su amor.

He aquí por qué en el plan divino entró la culpa.

Pero hay algo más todavía.

Sin la culpa, y de consiguiente sin la Encarnación reparadora, no habríamos podido contemplar en toda su magnificencia, algunas otras perfecciones divinas.

“Dos perfecciones, dice el P. Monsabré, que apenas nos hubieran sido conocidas en una creación inmaculada, presidida por el Verbo Encarnado, vienen en una creación manchada por la culpa, á unirse al coro del poder, de la sabiduría y del amor: estas son la misericordia y la justicia.”

La misericordia consiste en compartir la miseria ajena, entristecerse de ella y alejarla de quien la sufre.

Dios, en su inalterable naturaleza, no puede entristecerse: lo único que puede hacer es alejar la miseria.

“No compete á Dios, dice Santo Tomás, entristecerse por la miseria de otro; pero sí le compete, y de un modo principal, alejar, repeler, la miseria de aquél que es víctima de ella.”

Y por miseria, como el mismo santo Doctor lo enseña, se entiende cualquier defecto, cualquier sufrimiento, *ut per miseriam, quemcumque defectum intelligamus.*